



Don Rodrigo Mercado de Zuazola, fundador de la Universidad de Oñate, por Antonio Valverde.

REFLEXIONES EN TORNO A UN GRAVE PROBLEMA

MIGUEL PELAY OROZCO

No es la primera vez que la revista **Oarso** decide sugerir a sus colaboradores habituales un tema central. El año pasado se trataba del éxodo hebdomadario de los guipuzcoanos; de estudiar sus posibles causas, implicaciones, ventajas o inconvenientes. Tema del momento, y en mi opinión muy interesante. Pero en esta ocasión el asunto planteado resulta, no solamente de palpitante actualidad—característica esencial para la adopción de tales enfoques monográficos—, sino absolutamente trascendental de cara al futuro de nuestra provincia.

Esta iniciativa de los rectores de **Oarso** de proponer a los escritores guipuzcoanos un importante tema de base, me parece muy acertada y pienso que deben insistir en ella para sucesivas ediciones. No se trata ya de componer una publicación literaria más o menos apañada—lo que, de suyo, sería plausible y hasta ejemplar, dada la infrecuencia con que se producen entre nosotros tales empeños—, sino de

afrontar con decisión todos aquellos problemas que tenga planteados el país, para ver de irles buscando entre todos alguna solución. Es un poco, el coger colectivamente por los cuernos al toro metafórico. Es un poco, el recordarnos nuestra responsabilidad. Es un poco, el interesarnos, el incitarnos, el comprometernos. Así, pues, todo hace suponer que el presente número de **Oarso** no será una antología de primores y de *florituras* literarias. Pero puede que constituya, en cambio, una significativa exposición de ideas relacionadas con un problema que Guipúzcoa tiene planteado desde hace muchos años. De un problema que le inquieta, y le ensombrece y le mortifica. Estoy aludiendo al problema de su Universidad—o mejor, al de la ausencia de su Universidad—, que es el esquema temático por el que han optado este año los regidores de la revista renteriana.

Un hecho que nos debe preocupar e inducir a la reflexión a todos los guipuzcoanos es el de la escandalosa despropor-

ción que se advierte entre el espectacular crecimiento económico, industrial y demográfico que ha experimentado la provincia en lo que va de siglo, y el parvo, el casi nulo desarrollo cultural registrado en el mismo lapso.

Es un síntoma alarmante. Para empezar, en la época en que nos movemos, la carencia de centros universitarios constituye para cualquier país un peligro gravísimo. Un pueblo que da la espalda a la cultura y a la ciencia, por muy altas que sean las cotas que haya alcanzado en el orden material, con el tiempo está indefectiblemente llamado a depender—técnica y económicamente—de aquellos que se dedicaron con fe a cultivar los valores científicos e intelectuales.

La cultura y la ciencia preceden siempre a la técnica. Se diría que le abonan el terreno. Que la propician, que la impulsan. Claro que con dinero puede importarse la técnica, como se importa un producto exótico. Pero esto, aparte de constituir un ideal un tanto pobre, resulta también excesivamente costoso. Aquí no vale el «¡que inventen ellos!» de Unamuno, que provocara la airada reacción de Baroja. Claro que tampoco la frase replicante de don Pío, aquella de que la invención, para un pueblo, no era una utilidad, sino un honor, tiene hoy—seis decenios después de emitida—demasiada exactitud. Los nueve escalofriantes ceros que se colocan a la derecha de una cifra continuamente ascendente, y que corresponden a los *royalties* que el Estado español ha de pagar anualmente a los países que dedicaron sus mejores esfuerzos a la investigación, revelan que, si bien entonces podía tratarse efectivamente de un honor, el tal honor ha rendido con los años—y sigue rindiendo a sus usufructuarios—los más espléndidos dividendos.

«No importa—decía en cierta ocasión Ortega y Gasset, disertando precisamente sobre problemas educativos y universitarios—que lleguemos a las mismas conclusiones y formas que otros países; lo importante es que lleguemos a ellas por nuestro propio pie, tras personal combate con la cuestión sustantiva misma.»

Pues bien, algo de esto es lo que se propusieron—y consiguieron—hace más de doscientos años, aquellos próceres guipuzcoanos que se autodenominaron «los Amigos del País». Su Seminario fue un auténtico centro de investigación.

Es evidente que Peñaflorida y sus colaboradores, hombres todos ellos de élite, supieron concertar sus nobles afanes literarios, artísticos, estéticos y filosóficos, con otro tipo de aspiraciones científicas de signo más prosaico y pragmático. Que también de pan—y fundamentalmente de él—han de vivir los hombres y los pueblos.

Aquellos hidalgos vascos del siglo XVIII, tan opuestos a los antipáticos *aundikis* flagelados implacablemente por mi admirado Larramendi en su famosa *Corografía*, no se encastillaron en sus ideas ni decidieron que constituían el ombligo del mundo. Al contrario. Lo que hicieron fue informarse, asomarse al exterior, seguir de cerca todas las corrientes científicas, filosóficas, artísticas y literarias que privaban a la sazón en Europa, y relacionarse con sus respectivos impulsores.

El fruto de estos contactos con el extranjero y de sus propias inquietudes iniciales, innovadoras y progresistas, fue el Real Seminario de Vergara, empresa ambiciosa y erizada de dificultades—que es como deben serlo siempre las grandes empresas—y a la que se entregaron con entusiasmo nuestros admirables Caballeritos, ejemplares preclaros de las mejores virtudes de nuestro pueblo. Y así, a principios del año 1772, el Seminario objeto de sus desvelos se convirtió en una realidad.

Hay que señalar que en el Real Seminario de Vergara, además de impartirse la enseñanza de diversas disciplinas, cual cumple a una institución de carácter universitario, se cultivaba con especial esmero la investigación. Que es lo que han hecho siempre y siguen haciendo las naciones más avanzadas. Precisamente uno de sus profesores, Fausto de Elhuyar, pasaría a la historia de la ciencia—y con él, por supuesto, el decantado Seminario vasco en el que realizó sus trascendentales experiencias—, por haber sido el primero que consiguió aislar el tungsteno.

El Seminario de Vergara no fue, sin embargo, el primer centro universitario que tuvo Guipúzcoa, puesto que fue precedido cronológicamente por el de Oñate, fundado hacia 1540 por el obispo Mercado y Zuazola. La tradición universitaria de la provincia es, pues, bien antigua.

El siglo pasado, desaparecidos ya nuestros centros de estudios superiores, hubo en Guipúzcoa algún intento, desgraciadamente frustrado, encaminado a recuperar nuestra malograda Universidad provincial. Dejando de lado un proyecto de Universidad vasconavarra, que fue impulsado, en 1866, por los diputados de Navarra y por la propia ciudad de Pamplona (pero en el que se hacía constar que serían las cuatro diputaciones vascas, puestas de acuerdo, las que determinarían la ciudad en que aquélla sería domiciliada), en 1890 se registra también una propuesta de un concejal donostiarra a su Corporación, solicitando la creación de una «Universidad Literaria que tenga el carácter de Oficial, concretándose por el momento a la instalación de la Sección de Derecho Civil y Canónico».

Es desde principios de este siglo cuando se empieza a advertir el despego del guipuzcoano por el problema. Despego que se irá extendiendo a todos aquellos problemas no relacionados directamente con el factor económico. Ya no parece importar demasiado la ausencia de una Universidad. Como no importarán demasiado, en adelante, el aterrador genocidio forestal que se viene perpetrando en la provincia, ni la dramática destrucción de nuestro paisaje, ni la contaminación de nuestros ríos y de nuestras ciudades, ni...

Todo lo aceptamos con indiferencia, con apatía. Parece preferible ocuparse de fútbol o buscar algún motivo para entretenernos en bizantinismos y disyunciones.

En el primer Congreso de Estudios Vascos, que tuvo lugar el año 1918 y precisamente en la antigua villa universitaria de Oñate, don Luis de Eleizalde fustigaba ya este desinterés nuestro—él lo extendía a todos los vascos—por aspectos vitales para el país, como la instrucción y la educación. ¡Qué no diría hoy, si viviera!

«Hay que decirlo, porque es la verdad—expresaba Eleizalde—: ese poco interés que los vascos han mostrado por la educación y la instrucción de su pueblo, ese interés tan escaso que casi puede calificarse de abandono total, de culpable negligencia, es una de las mayores manchas de nuestra historia, es la principal concausa de nuestra decadencia política y social, es la más urgente reparación que nosotros, los vascos del siglo XX, debemos a nuestro País y a nuestra raza».

No es aventurado pensar que, si el guipuzcoano de nuestros días hubiese conservado un ápice del celo, de aquella fina sensibilidad que caracterizó siempre a sus mayores y que les llevaba a preocuparse profundamente por todos los problemas que afectaban a la provincia, hace mucho tiempo que nuestra Universidad estaría creando promociones de profesionales.

Sí. Yo también pienso que nuestra más urgente misión, como vascos de nuestro tiempo, es la de abandonar de una vez por todas ese despego culpable que nos está apoltronando y degradando...